

La despedida fué cordial, y dejamos con sentimiento aquel lugar tan interesante para la historia del cultivo en Argelia.

Al regreso, vimos otro establecimiento no ménos digno de elogio. Es el convento del *Buen Pastor*, lugar de refugio para las jóvenes extraviadas. Solo entran en él voluntariamente, y allí, sometidas a una disciplina rigurosa, tienen tiempo para arrepentirse y corregirse. Ultimamente se ha visto llegar a él a una joven señora muy elegante y bonita: nadie supo de dónde venía. Revestida con el hábito gris de la casa, hace en ella penitencia con una humildad del todo cristiana.

Nuestra última tarde en Argel la consagramos a una multitud de compras de mercancías orientales. Entre otras cosas, adquirimos muy hermosas armas y utensilios muy curiosos del uso de los beduinos y kabilos. Es un placer de los mas instructivos, el de pasearse como un simple por aquellos bazares y almacenes.

A eso de las once de la noche nuestra columna de humo daba el último adiós a la ciudad morisca afrancesada.

ALBANIA

CAPITULO SEGUNDO

UN RINCON DE LA ALBANIA

25 de Julio de 1853.

En los confines de la civilizacion se halla un país salvaje, que lleva el armonioso nombre de Albania. Compónese de cantones boscosos, en los que el hombre y el jabalí, el turco y el cristiano se dan alternativamente furibunda caza, y viven animados de odios y resentimientos implacables. En aquellos lugares la misa se dice todavía como en tiempo de Diocleciano, con sobrecogimiento de terror; los fieles se reúnen en los parajes tenebrosos que solo alumbran las luces del altar.

Para dar un apoyo moral a aquellos pobres católicos, cuyo número es considerable, y para observar en el terreno mismo su triste situación, había sido enviada la corbeta *la Minerva*, mandada por mí a las aguas de Albania. Esta misión habría sido de las mas útiles, si no nos hubiesen faltado, para operaciones enérgicas, los medios de acción y el tiempo. Ella no estaba exenta de disgustos; después de los sangrientos episodios que acababan de pasar en Esmirna, no había un solo rincón de Turquía que no fermentase terriblemente. A título de extranjeros, desinteresados, es verdad, pero de quienes se podía temer humillaciones, éramos vistos con des-

confianza é inquietud. Visitar la Albania en tales circunstancias era una empresa que exigía prudencia, energía, moderación, y que no nos prometía mas que privaciones y contrariedades. Esta perspectiva nos era tanto mas desagradable, cuanto que habíamos esperado hacer en aquel año un viaje a Constantinopla, al Asia Menor, a la Tierra Prometida y al Egipto, y que la maldita política nos privaba de semejante placer.

El 25 de Julio de 1853, arribamos a Antivari. Un sol claro brillaba en un cielo de un azul subido; un soplo vivificante pasaba por la vasta extensión del mar; las olas retozaban alrededor de la corbeta que las hendía dulcemente. Era una de aquellas tardes que solo se ven en Oriente, y que se repiten allí durante meses enteros para dicha de los que navegan en aquellos mares admirables.

Nuestra corbeta se deslizaba ligera sobre la hermosa y vasta rada, cuyo fondo, que se eleva gradualmente, ofrece un fondo de profundidades diversas para un gran número de buques; pero con viento del Norte violento y constante, los barcos podrían garrear anclas, a causa de la poca resistencia del fondo, y verse arrastrados a los bancos de arena que forman aquella costa baja. Echamos anclas por nueve brazas y media de profundidad, y nos hallamos con dos buquecillos mercantes, solos en aquella extensa rada.

Me parecía que me hallaba en una parte del mundo completamente nueva, en aquellas comarcas salvajes, apenas conocidas de los navegantes; y en verdad que así era. La Albania, aunque geográficamente está cerca de nosotros, está en realidad separada de nuestro país por un abismo ancho como un océano; pues está situada en aquellas regiones desiertas dominadas por la Media Luna, en donde ninguna civilización ha penetrado, abandonadas al capricho de los bajás y de sus bandidos, cuya existencia apenas es conocida en Constantinopla, y de la que en Europa misma apenas se tiene vaga idea. ¿Quién conoce a la Albania? ¿Dónde están los viajeros que la hayan recorrido? El mundo solo ha oído hablar de esos hermosos albaneses de alta talla, que en las ciudades marítimas del Mediodía de Europa, se arrastran de café en café, con su *fustanela* de anchos pliegues, y su gorra (fez) atrevida-

mente puesta. Su traje pintoresco dá cierto tono al dandy mas vulgar en los bailes de fantasía; y es cuanto se sabe de ellos.

Desde el lugar en que anclábamos, gozamos del mas espléndido panorama.

Delante de nosotros, se extendía una llanura risueña, rica de olivares, y cercada por las rocas escarpadas de Escutari. Un promontorio de esta cadena de rocas sostiene la ciudadela de Antivari, sobre la cual se ve centellar un minarete. A la derecha una lengua de tierra formada de rocas desnudas, sirve de abrigo a la vasta rada contra los huracanes de Sud-Oeste. A la izquierda se levantan las montañas gigantescas de Montenegro, calvas y coloradas con los tintes meridionales. En medio de aquellas rocas desnudas, se distinguen aquí y allí pequeñas manchas verdosas: son bosques de abetos. Sobre la costa de la rada, que presenta una playa de arena, se descubre solamente la casa de la aduana. Silencio de muerte reina a lo lejos, y cuando llega la noche, este silencio se vuelve casi siniestro.

Las maniobras para anclar fueron bien ejecutadas. Los oficiales me pidieron entónces permiso para ir a tierra a reposar de los calores de medio día, tomando un baño de mar: concedí el permiso recomendando al mismo tiempo la prudencia. Apenas habían descendido, cuando se mostraron algunos albaneses armados, observándolos con desconfianza y siguiéndolos paso a paso. A la caída de la tarde me acerqué á la aduana, también con la intención de tomar mi baño de mar acostumbrado. En aquel momento partió un tiro de las ventanas del edificio, y una banda de hombres robustos de aspecto salvaje, vestidos con el traje albanés y bien armados, se acercó a la ribera. Tal vez solo querían intimidarnos; mas yo no me digné volverme para verlos, y me desvestí tranquilamente para bañarme, *in conspectu barbarorum*, en la tibia atmósfera de la tarde. *Take it coolly* es mi divisa, y en verdad que es buena. Nuestros salvajes nos miraron con caras desconcertadas, y despues de habernos refrescado y solazado a gusto, regresamos tranquilamente a nuestra querida Minerva, poco satisfechos de la primera acogida que recibíamos en aquel país bárbaro. Al siguiente día se presentó a mi bordo nuestro agente consular, y protestó que desde Antivari que está situada a una legua de la

costa, se nos había tomado al principio por un barco turco. Esto no era lisonjero para mi linda corbeta, pero la opinión de las *ratas de tierra* no forma ley.

El buen hombre regresó a la ciudad para anunciarnos a las llamadas autoridades, y volvió a poco a bordo con el vicario del obispado de Antivari y el agá.

Monseñor Poten, el vicario, es un hombre alto y hermoso, de exterior completamente apostólico, que infunde respeto. Es un verdadero príncipe de la Iglesia: su santa vocación se lee en su fisonomía dulce y tranquila; y además, nos causó agradable sorpresa el saber que es alemán. Son sus ojos azules y benévolo un espejo que refleja la pureza de una alma toda germánica. Es uno de aquellos hombres a los que aplicamos en nuestra lengua esta bella expresión: «No hay en él malicia;» y acaso sea este el único defecto que tengan que reprobarle en aquella salvaje y agitada Albania. Reconócese en él una de esas naturalezas de cordero, que se dejan degollar por su amo y señor, sin precaverse; que se representan siempre a Jesucristo bajo la figura del buen pastor, y nunca bajo la del vengador que arroja a los ladrones del templo; uno de esos espíritus en fin, que no han comprendido nunca aquella palabra de la Escritura: «Sed prudentes como las serpientes.» Por lo mismo, no está en estado de refrenar a la raza pérfida y astuta de los mahometanos; mientras que un hombre que uniese la prudencia y la energía a la dulzura y a la caridad cristianas, acabaría por triunfar aun de estos bárbaros.

Originario de la hermosa y santa ciudad de Colonia, este piadoso hombre se trasladó a Roma hace muchos años, y entró en la Propaganda en donde se le formó para las misiones. Enviáronlo después como sacerdote a Albania. Allí ha recorrido toda su penosa carrera hasta el puesto honroso que ocupa hoy, siendo verosímil que reciba pronto el báculo episcopal. Pero hace veinte años que vive en aquel lugar perdido de Antivari; hace más de veinte años que no ha visto su país, y apenas si ha conservado en él algunas relaciones. El pensamiento de las misiones le ha hecho perder de vista el de su patria, y la única patria a que aspira es la del otro mundo prometida al cristiano.

Traté con buena intención de hablarle de Colonia; pero este

nombre no tenía ya casi sentido para él, y aun la lengua materna le embarazaba. Triste verdad es que nosotros los alemanes, perdemos muy pronto nuestros caracteres distintivos y nuestra fisonomía nacional. Solo el odio y el amor ardiente dejan profunda huella, y nosotros no tenemos ninguna ocasión de entregarnos a uno u otro de estos sentimientos, y por esto olvidamos tan pronto. La idea de la Alemania ha llegado a ser una idea vaga, y esta es la causa de un mal tan grave y tan profundo.

El vicario se quejaba amargamente de la desgraciada situación de los católicos. Abandonados, sin apoyo, sin dinero y sin consuelo, son un juguete a propósito para la intriga. Ante la justicia turca el cristiano no tiene derechos. ¿De dónde, pues, le vendrían? No se puede negar que el sultán en estos últimos años ha garantizado muchos derechos; pero, ¿de qué sirven estas concesiones? En los muros mismos de Stambul, no se hace la voluntad del Sultán: con mayor razón en esas provincias lejanas en donde el bajá reina sin responsabilidad alguna, en donde toda su obligación consiste en pagar al gobierno una suma determinada, y puede administrar como quiera y le convenga. Si este pequeño tirano es bastante bandido, ó si tiene enemigos poderosos, es de puesto en un decir Jesús; mas de ordinario es reemplazado por otro peor que devora toda la sustancia del desgraciado pedazo de tierra sometido a su dominio: las poblaciones sojuzgadas prefieren no quejarse. Los comerciantes cristianos, sobre todo, se ven reducidos a la desesperación por las exigencias de dinero que se renuevan sin cesar. El bajá halla fácilmente motivos para estrujarlos, y por desgracia tiene todos los medios de forzarlos. No queda, pues, a los cristianos más arbitrio que pagar, y pagar siempre.

Está prohibido en Albania construir iglesias. Solo en miserables chozas puede celebrarse la misa bajo perpétuas amenazas, y gracias a una tolerancia muy sospechosa. Por lo demás, no habría dinero para edificar. Roma misma está tan débil, que no podría dar socorros suficientes: madre común del universo católico, no puede consagrar sus cuidados particulares a aquel país perdido. El Austria es la única potencia que realmente lo ayuda: ella retribuye a los obispos y a muchos curas; pero su erario comprometido tampoco le permite hacer grandes gastos.

El mal genio de Antivari es el bajá de Escutari, hombre muy poderoso y que odia á los cristianos. Habia establecido aquí á una de sus criaturas para ejercer el mando. Este personaje daba mucho que hacer, tanto al vicario apostólico como al agente consular austriaco. Cuando estuvo bien rico, lo destituyeron, reemplazándolo por el agá actual, con quien rigurosamente puede estarse contento, porque vive tranquilo y no suscita querellas.

Apénas se separó de mí el digno prelado, cuando el musulman de que acabo de hablar entró en mi camarote. Es un verdadero palurdo, cuya fisonomía lleva el sello de un buen natural trivial. Viste el traje pintoresco de los albaneses, la chaqueta colorada forrada de pieles en los contornos, la túnica bordada de oro, la cintura guarnecida de armas, el chal de colores, la fustanela, las polainas ricamente bordadas y el gorro rojo. A pesar de la belleza de este vestido, el que lo usa solo tiene el aspecto de un criado de príncipe oriental. La entrevista tuvo lugar con ayuda de un intérprete, lo que da una especie de vértigo, como si se pasase por un puente sin pretil. La conversacion fué, pues, muy incómoda; pero el bribon parecia lisonjeado de los cumplimientos que yo le hacia sobre su buena voluntad respecto de los cristianos. Le obsequiamos con toda clase de dulces y frutas, y no dejó de alegrarse con el champaña. En el momento en que empezaba a hallarse a su gusto, y en que se empeñaba ya una conversacion diplomática, dió un brinco súbito al ruido de las descargas de artillería que resonaban sobre su cabeza. Era que saludaban la partida del vicario apostólico. Posible es que desde luego haya atravesado su mente la idea de una traicion meditada en aquel buque extranjero; sin embargo, supo reponerse pronto, y al partir se mostró alegre y lisonjeado de recibir el mismo honor. Nuestro agente consular hizo entender a este buen hombre, que debia saludarme con una salva de veintiun cañonazos a mi entrada en su pequeña ciudad y salir a recibirme a la puerta de su casa. En esos países poco civilizados, en los que todas las cuestiones de etiqueta son tan importantes, necesario es imitar el ejemplo de la sábia Inglaterra, y dictar uno mismo los honores que debe recibir. Solo así se llega a imponer respeto.

Al medio dia nos dispusimos para hacer nuestra visita. Un

grupo de malos caballos nos esperaba en la playa; pero solo una parte de ellos estaban ensillados: sobre los otros habian colocado no sé qué máquinas de madera, como las que sirven para trasportar los productos del campo. Inútil habria sido permanecer allí para admirarse: nuestros jóvenes, mal que pesase a sus charretas brillantes y a sus hermosos uniformes, debieron encaramarse sobre aquellos pobres rocinantes; y la comitiva partió alegrementé atravesando el campo. Ibamos rodeados de hombres armados a pié y a caballo, a la usanza del Oriente, y de esta manera pasamos la verde llanura.

Plantaciones de olivos y espesos zarzales rodean los campos y las viñas a orillas de los caminos. Estos atraviesan de cuando en cuando el lecho de un rio que descende de las altas rocas de Escutari hácia el mar. Algunas veces unos de esos puentes escarpados particulares de la Turquía pasa sobre la barranca.

Las vistas mas pintorescas las descubre el viajero siguiendo especialmente la orilla de las aguas. Tupidos breñales descenden, como copos de suaves ondulaciones, hasta la corriente de las aguas tranquilas, límpidas y verdosas; elevados plátanos é higueras seculares extienden sobre ellas sus anchas ramas; el azul profundo del cielo se percibe de vez en cuando a través del follaje, reflejándose en el espejo del agua.

Detrás de los árboles se descubren altas colinas, cuyos piés están cubiertos de rica cultura y salpicados de casas. Aquel extenso y poético valle me recordaba la imperecedera memoria de los alrededores de Burnaba, que habia atravesado tambien de aparato militar. Mujeres medio veladas, que trabajaban en los campos, huían al acercarse nuestra ruidosa comitiva.

Algunas habitaciones aisladas, medio ocultas por grandes árboles, nos anunciaron la ciudad. Es un monton de casas apretadas en escarpada roca, sobre las que dominan las puntas esbeltas y ligeras de los minaretes. Al pié de la roca se extienden los bazares y las habitaciones de los gitanos; mas arriba el cementerio musulman con sus tumbas amontonadas, en desórden y sus piedras que rematan en turbante. Sobre algunas de ellas se veían brillar los dorados iluminados por el sol poniente.

Un pueblo andrajoso, pero pintoresco en su miseria, nos acogió

en el bazar. En aquella multitud abigarrada se distinguían algunas gitanas maravillosamente bonitas, de tez bronceada y velos blancos; eran una imágen fiel de las bayaderas de la India. Sus negros ojos brillában como el fuego, y su abundante cabellera tenía los reflejos del ala del cuervo. Como no son musulmanas, y solo Dios sabe a qué religión pertenecen, les es permitido mostrarse a los hombres con la cara descubierta.

El bazar se compone, como en todos los países sometidos a la Media Luna, de barracas de madera pegadas unas a otras, abiertas por delante y con techos salientes. Están separadas de la calle por un cofre, sobre el cual el mercader que fabrica por sí mismo un gran número de sus productos, está sentado con aire flemático y las piernas cruzadas. No debe pensarse en Esmirna al hablar aquí de bazar. El lugar de que hablo no es mas que una miserable calle que apenas se llena de mercancías una vez en la semana: solo se ven trabajar en él algunos viejos turcos de barba blanca y de espejuelos, con algunos dependientes de cara embrutecida, amarillenta, estúpida y embobada. El bazar de Esmirna, por el contrario, es toda una ciudad en donde la población se renueva sin cesar, y en donde los mas ricos trajes se confunden en medio de las hileras de camellos de aspecto indolente y pensativo. Y sin embargo, grande ó chico, siempre es el mismo carácter: trabajo é industria al aire libre, suciedad pintoresca, olor de guisado de ajo y aceite, olor que es propio del Oriente, y que se halla en él por todas partes, en las ciudades como en las aldeas, en los palacios como en las cabañas.

En la puerta del recinto fortificado, que se viene abajo, encontré al agá que salía a recibirme con su séquito. Bajé del caballo para hacer a pié mi entrada solemne en la plaza. Entónces empezaron las salvas prescritas, que no dejaron de inspirarnos serios temores, porque aquellas altivas murallas, que hacia muchos años que no habian asistido a semejante fiesta, tenían apariencia de querer desmoronarse sobre nuestras cabezas. El trueno de la plaza partía de unas piececitas venecianas hechas de viejo bronce verdoso, que yacían lastimosamente sobre la plataforma de una torre deteriorada: encendíalas un pobre diablo que sudaba sangre y agua. Era el único militar regular de la plaza de Antívari; y

como distintivo irrecusable de su calidad de regular, llevaba frac azul de vueltas coloradas, abotonado hasta el pescuezo, desprovisto de corbata, calzon corto blanco en tristísimo estado, zapatos sin medias y el gorro turco echado sobre la nuca.

El interior de la ciudad no es mas que una maraña de callejuelas sucias, montuosas, estrechas, muy miserables, en las que se anda a tropezones sobre un mal empedrado de guijarros. Las casas presentan en parte el tipo de la arquitectura turca, con sus balcones salientes de madera cuidadosamente enrejados, y en parte el de la arquitectura veneciana, que data de la época anterior a la dominación turca.

Por fin, llegamos a la casa del agá. Una escalera de madera nos condujo a una especie de salon adornado a la turca, con divanes bajos, muy cómodos. La pipa y el café de rigor completaron las ceremonias de la recepcion. Entre la servidumbre reconocí dos colosos negros, que habian acompañado al agá a mi bordo, armados hasta los dientes: ellos presentaban las pipas a la reunion, absorbiendo la primer bocanada de humo, lo que no da muchas ganas de continuar; pero en Oriente no hay tantos escrúpulos.

De allí nos dirigimos por caminos admirablemente sombreados a la residencia del gran vicario, quien rodeado de su clero, nos recibió a la entrada de su territorio. El suelo estaba tapizado de ramas y flores, que tambien adornaban la puerta; un pueblo de cristianos se apiñaba para vernos; las costumbres orientales se mezclaban con las de la iglesia: caras confiadas y alegres nos daban la bienvenida. Todo esto formaba una comitiva simple, pero pintoresca; un cuadro original de mision cristiana, como las que se ven especialmente en la Tierra Santa. Teníamos allí un agradable ejemplo de las escenas religiosas que llaman la atencion de los viajeros en Jerusalem, una de aquellas recepciones pacíficas, de que existen tan hermosas descripciones. ¹ Nos hallábamnos trasportados al mundo cristiano de los tiempos apostólicos, a aquellas épocas en que la persecucion mantiene la fe y el culto en toda su pureza y los conserva siempre vivos, en que se és todavía cristiano y nada

¹ Mas hermosas y mas edificantes las hallamos dos años despues, cuando nos fué dado recibir por nosotros mismos en la Ciudad Santa esas impresiones indelebles y fortificantes.

(NOTA DE MAXIMILIANO.)

más, y en que esta idea encierra todo: entónces el materialismo, el espíritu de especulacion, todavía no han echado raíces, y a despecho de las tempestades de este mundo, se estima aun como el mas precioso de todos los bienes la paz interior, esa paz verdadera que solo la religion puede dar.

El venerable vicario es el centro de esta vida cristiana, el verdadero pastor de este rebaño. Cuando se adelantó a nuestro encuentro en su traje de seda violeta, con su cruz de oro y su ancho sombrero, bajo el inmenso azul de los cielos, en medio de las gracias de la naturaleza que sonreía con todo el brillo de su frescura, fué un golpe de vista verdaderamente sorprendente, y acaso mas expresivo que tantas recepciones pomposas que se admiran en los países civilizados. Era el pueblo católico que venia a recibir a sus hermanos: la alegría que brillaba en todos los ojos, proclamaba el sentimiento que animaba los corazones.

La residencia del prelado corresponde a la historia de la Iglesia de Albania: es una casita sin apariencia, cercada de alta y sólida muralla destinada para defenderse de los accesos súbitos de humor sanguinario a que están sujetos los musulmanes. Los cuartos están blanqueados, aseados, pero son pobres: no encierran mas que lo que es estrictamente necesario a una vida de asceta. Los únicos adornos que en ellos se ven, son algunas imágenes de santidad, y los retratos del Santo Padre y de nuestro jóven soberano.

Despues de algunos momentos de afectuosa conversacion, nos dispusimos para ir a visitar la casa de Dios; ó mejor dicho, no la casa, ni mucho ménos una iglesia, puesto que no es mas que una pobre choza oculta bajo la sombra de espesos árboles, pequeña, sin apariencia, y que solo tiene aspecto de una miserable tienda portátil, ó de un establo. El claro de la puerta es tan bajo, que es necesario encorvarse para entrar. Hállase uno entónces en una pieza sombría, estrecha, de paredes blanqueadas. En la extremidad se percibe un altar que la comunidad ha adornado segun sus pequeños medios, para la recepcion de este dia. Hay en medio del altar una imagen de la Virgen, y a sus lados, luces que son de primera necesidad en esas humildes casas de Dios.

Experimentase una sensacion particular a la vista de aquella

pobreza engendrada por la opresion. Acostumbrado a ver que la Iglesia se levante en un espacio libre y abierto sobre un punto dominante, como el principio y centro de todas las cosas, se siente uno ofendido de no ser mas que tolerado; ofendido, digo, pero al mismo tiempo robustecido en la fé: porque hermoso es ver a la religion sin ningun medio que deslumbre, sin ningun aparato de riqueza y de poder terrestre, sostenerse por su propia fuerza, y no perder nada de su imperio. Compréndese entónces todo lo que las amarguras de la opresion fortalecen a las almas; y cuánta locura hay en oprimir a los disidentes queriendo verlos débiles, y no queriendo ó no pudiendo exterminarlos.

Antes de salir de aquella pobre cabaña, hombres del Norte, y hombres del Sur, todos oraron en silencio, y todos los corazones se unieron en Dios.

28 de Julio de 1853.

El cabo Rondoni describe una vasta curva que forma una gran rada natural. Llegamos a él a eso de la una, y anclamos cerca de la playa en un fondo favorable.

Algo extraño se experimenta cuando se fondea cerca de una costa inhabitada. Allí no hay nada del movimiento que acompaña de ordinario una llegada: la chalupa de las autoridades de sanidad que viene a vuestro encuentro; la torre de señales que os dirige enigmas que adivinar; el bosque de barcos que atravesar; la nube de curiosos y de mercaderes que sitia el buque a su llegada; las miradas de los marineros que desde una escostilla vecina, observan la ceremonia del amarradero; el cónsul que se balancea sobre las olas pesadas y sucias del puerto en un bote que lleva inmenso pabellon y viene a saludar a sus nacionales con el sentimiento de importancia que corresponde a un representante diplomático de su nacion. Aquí no hay nada de eso: solo reina el silencio de la muerte, solo oye uno sus propias órdenes; ni un sér viviente se percibe fuera de sí mismo y de los suyos: solo llama la atencion la vista de las olas que nadie agita; se espanta uno al oír el hervidero y el choque producido por el ancla que se ha echado; y cuando las velas están plegadas, cuando vergas y aparejos están arreglados como en un puerto, se admira uno del silencio y

de la calma profunda que le rodean. Tiénese demasiado lugar, un campo demasiado libre sobre la extensión de las aguas, y siente uno el corazón oprimido.

Más allá de la ribera no descubrimos sino bosques, y, a intervalos, praderas desnudas. Solo a fuerza de mirar se descubría por aquí y por allí algún rebaño de ovejas en la vecindad de la playa, lo que hacía suponer la existencia de habitaciones. Después de haber explorado largo tiempo el país con ayuda del anteojo, pudimos divisar al fin algunos techos en la verdura, y un grande edificio blanquizco hacia la punta del cabo. Corriendo el medio día, aparecieron algunas figuras salvajes que se colocaron sobre la escarpada orilla para espiar con aire de admiración aquel gran buque que llegaba a visitarlos; esta fué la única señal de interés que nos dió esa población desconocida. Nos correspondía, pues, romper el hielo y emprender una expedición para ponernos en cuanto fuese posible en relación con los naturales; estábamos como el capitán Cook en medio de los isleños del mar del Sur.

Esta misión diplomática fué confiada a nuestro viejo piloto, único hombre de la tripulación que hablase un poco albanés y que pudiese entenderse con aquella raza de salvajes. Por lo demás, era el hombre para estas empresas: figura muy singular, acaso la más interesante de las que había a bordo.

Originario de las islas griegas, se había hallado desde su primera juventud empeñado en las luchas de la independencia y de la piratería, a que se entregaban entonces sus compatriotas. Mientras que su mano derecha derramaba con salvaje deleite la sangre de los turcos, su izquierda embolsaba más de una gordita suma. Nada le agradaba más, que el que se le tocase el capítulo de aquellos tiempos, y entonces contaba sus hazañas verdaderamente espantosas. Si se le preguntaba, como en chanza, cuántos turcos había matado, y si había despachado en efecto doscientos al otro mundo; se sonreía con aire burlón, y hallaba el número demasiado pequeño, pequeñísimo, añadiendo con desden en su mala jergonza italiana: "*Ho amazza un ebreo che non cunta.*" Para él, todo asesinato cometido en un turco, era un escalón del paraíso. Su anciano padre, especie de almirante tunecino, había sido asesinado en la costa de África por unos bandidos musulmanes, y el hijo se

consideraba como el vengador enviado por Dios para castigar ese crimen.

Ha cumplido concienzudamente esta misión. Felicitábase particularmente de un episodio de su juventud, que se complacía en contar para divertir al auditorio. En las luchas de independencia desplegaba su actividad principalmente en la mar: tan pronto era necesario ir al abordaje, como conducir aquellos brulotes que dieron los golpes decisivos en esa sangrienta guerra. Un día apresaron una fragata turca en la que se habían refugiado centenares de musulmanes con sus familias. Según la costumbre de los griegos, todos fueron arrojados al agua, y los que no se ahogaron, al instante fueron despachados a puñaladas al otro mundo por las gentes colocadas en los botes; y Wassili, nuestro hombre (cuyo verdadero nombre era Basilio Mertica), era uno de los que tripulaban los botes en que se hacía la matanza.

Había otra aventura que también le parecía muy chistosa, cuando pensaba en ella. Tratábase de tres cautivos, dos blancos y un negro, que habían sido asados. Habíaseles atado juntos encendiendo el fuego a su rededor: los griegos los miraron impasiblemente, hasta que el ardor de las llamas los hizo perecer a los tres. Wassili hablaba con notable desprecio de uno de esos desgraciados que había exhalado el alma de miedo antes de que empezase el experimento.

Estas diversas aventuras habían bronceado su carácter, y estaba a prueba de todo. Pero a esta dureza de fierro, unía la profunda astucia de los griegos, y cierto aire de ingenuidad, que frecuentemente se concilia con el fanatismo feroz que considera el asesinato como una virtud. Era un filósofo en su género: había quebrado con su conciencia, nada podía espantarlo; conocía las vicisitudes del destino, y sabía evadirse de aprietos. Era un hombre tan completo en su espíritu práctico y sus recursos, que todos halláramos gusto en tenerlo, y oíamos con grande interés sus proyectos originales y siempre ingeniosos. Había nacido diplomático: sus ideas políticas y sus conjeturas sobre la cuestión de Oriente, eran extremadamente divertidas. Necesario era verlo en su vestido azul, con el gorro marino sumido en su ancha frente, del tipo griego más puro, con ojos chispeantes hundidos bajo espesas cejas,

con las manos cruzadas sobre un vientre pequeño y redondo, que contrastaba, lo mismo que toda su raquítica persona, con sus terribles hazañas: parado al pié del palo mayor, esperaba sin inmudarse nuestras preguntas. Si se le interrogaba sobre la situación de su patria, respondía sin detenerse: "*Macedonia alza, Epiro alza, Thessalia alza, paese di Re Otton no alza!*" Y los acontecimientos que se verificaron poco tiempo despues, mostraron que no se equivocaba.

Añadid a esto que conocia como ninguno las ensenadas y los pasos del archipiélago, lo que hacia que sus servicios como piloto fuesen inapreciables en aquellos lugares.

Todo lo que he dicho de este interesante y divertido personaje, manifiesta que podia ser de grande utilidad en la expedición delicada de que se trataba.

29 de Julio de 1853.

Desde por la mañana fué enviado Wassili a tierra en compañía del proveedor, con el fin de procurarse carne fresca para la tripulación. A poco le seguimos nosotros; estaba en la pendiente de la cadena de colinas, en medio de pastos cubiertos de un césped corto y amarillento, sombreado de trecho en trecho por frondosos árboles. En presencia de un rebaño de ganado vacuno, negociaba con unos pastores de aspecto salvaje y repulsivo. Regateaba un torete de pelo rucio que parecia destinado a la matanza. Apresuramos la conclusion del trato y asistimos al degüello de la pobre bestia. Al principio se habia pensado abatirlo de un tiro; pero al fin se decidió el cogerlo con una especie de lazo, despues de lo cual se le amarraron los piés y se le hundió en la garganta el yatagan, instrumento habitual del suplicio: la sangre saltó y volvió a caer en la yerba esterilizada. En los momentos en que la víctima luchaba con las últimas convulsiones, el suelo, como indignado, se sacudió de una manera bastante fuerte. Era uno de esos temblores de tierra tan comunes en la Albania turca y austriaca hasta Stagno, que han destruido por completo este último lugar y en parte a Ragusa. Este de que hablamos, fué muy notable, haciéndose sentir en diferentes lugares y especialmente en la ciudad marítima de Durazzo.

En el lugar mismo conocimos al gefe de aquella población. Se llama Miguel de Nicolo: su exterior repelente y extraño participa del camello y de la tortuga. Su pescuezo largo y seco, su nariz, su boca, su andar arrastrado y sin ruido, hacen pensar en el primero de estos animales; su piel singularmente curtida cubierta de pústulas y de verrugas, y su cabecita que sale y entra bruscamente, pertenecen al segundo. En cuanto a la parte moral, el tiempo nos enseñó que era una combinación perfecta del zorro, de la serpiente y del perro. Del zorro tiene el instinto de astucia; de la serpiente la facilidad de retorcerse; del perro el ladrido y la bajeza. A pesar de esto, ó mas bien a causa de estas cualidades reunidas, es una de las figuras mas originales, cuya impresión me haya quedado en mis recuerdos de viaje: con mucha frecuencia hemos hablado en nuestras alegres conversaciones, y sin duda hablaremos todavía mas de una vez de Miguel de Nicolo.

Hay figuras que se levantan en mi memoria como límites miliarios; pero són en general las de individuos que son completamente lo que son, ó enteramente excelentes, ó enteramente bandidos. El *pater patriæ* era por completo de la última especie: ninguno de los que han tenido el gusto de conocerlo negará este hecho. Hubiera debido vivir en la edad média, en el tiempo en que se jugaban en Italia las hermosas escenas de puñal. Miguel habria sido bueno para todo, como el negro en la *Conjuración de Fieschi* y Mefisto en *Fáusto*. Su persona corresponde a estos diabólicos oficios: deho confesar que mas de una vez, galopando solo con él en las profundidades de la selva, no me sentí bien, tuve calofrío, y estuve a punto de exclamar: «¡Protégeme, Dios mio!» A la verdad Miguel me ha confesado en un momento de enternecimiento, que ya dos veces le habia sucedido, *nel bosco*, el despachar a las gentes por la posta al otro mundo, despues de lo que se habia visto obligado, por temor a la *vendetta* a errar por espacio de tres años, como un salvaje en los bosques. Estas aventuras que son de todos los dias, arrojan una luz bastante siniestra sobre el estado de la Albania.

El nombre del grande héroe Scanderbeg, siempre vencedor, jamás vencido (cosa rara en un guerrero), está aún, despues de cuatro siglos, en los lábios del pueblo albanés. Tenia yo el atre-

vimiento de divertirme dando a Miguel el nombre pomposo de Scanderbeg II. Él lo aceptaba con una sonrisa satánica y manifiesta satisfacción: y aún tuvo la desvergüenza de escribirme a Viena, un año después, firmando su carta con este magnífico título.

Desde el principio se nos presentó como la única celebridad del país, de modo que tuvimos necesidad de aceptarlo como director de nuestras excursiones, montero mayor y comisario de policía, y aun por nuestro consejero político y nuestra única autoridad en materia de historia.

Si el paisaje de Antivari con sus minaretes bañados en la atmósfera, con sus montañas iluminadas por los calientes tintes del Mediodía, tiene el carácter magnífico y sensual de los países turcos, el de Rondoni, abstracción hecha de las olas azules, de la bóveda celeste todavía más azul, y de una temperatura africana, recuerda los países alemanes: bien entendido que hablo de las comarcas inhabitadas, como las que se hallaban en otro tiempo, antes de que se oyese el alboroto de las fábricas y el chifido de las locomotoras: por lo demás, gracias al ardor de emigración que arrastra a nuestras poblaciones hacia la América, acaso pronto veremos otras semejantes. El primer rasgo de semejanza con la Alemania, lo hallábamos en una extensa dehesa cubierta de serpol y de aliaga, de espinos y de algunos robles aislados, que atravesábamos sofocándonos y pensando en la canícula alemana. Mas, pronto el sol nos hizo acordar que estábamos en Oriente, y nos obligó a buscar un refugio bajo el místico follaje de algunos olivos centenarios.

Extendieronse unos pañuelos a guisa de alfombra; mi viejo albornoz algerino reemplazó a la casaca de ceremonia que me ahogaba; y saqué de mi bolsa de viaje, dejando estupefacto a nuestro nuevo amigo Mefisto, un abanico chino que traía de Cádiz. No hacía más que seguir el ejemplo de sir William Napier, que sabía tan bien llevar la espada y no desdeñaba el abanico. Me senté cruzando las piernas, y me soplé la cara: las cigarras cantaban el medio día: me hallé en pleno Oriente y en el corazón mismo de la barbarie.

Más de una vez, á título de comandante responsable de mi buque,

debí pasar toda la noche recibiendo la lluvia en plena tempestad: en tales ocasiones envidiaba la suerte de los jóvenes oficiales subalternos. Cuando uno de ellos ha terminado su cuarto de servicio, puede tirarse tranquilamente á su camarote, dejando que el comandante se componga como pueda y se acatarre, y, encantado de haber terminado con la humedad y el frío, se abandona a las dulzuras del sueño. Pero hoy me encantaban las ventajas del mando. Los señores oficiales tenían por orden mía el pasatiempo de levantar el plano de la bahía, mientras que yo gozaba del reposo a la sombra de los olivos.

Reposados y reanimados por el fresco del árbol de la paz, dejamos aquel lugar para dirigirnos a la aldea cristiana, residencia principal de Scanderbeg II. Su señoría me hizo por sí mismo los honores de mis habitaciones. Para no omitir nada, conviene decir que todo, vestíbulo, salones de ceremonia, recámaras de la familia, pabellones para los hombres y las bestias, con la sala del trono del rey de las selvas, se componía de una sola pieza, cuyo entarimado era el seno de la tierra nuestra madre, cuyas paredes estaban construidas con piedras del grueso de una suela, y cuyo techo estaba tapizado de bálago podrido y saturado de negro de humo.

«Tal país, tal príncipe:» viejo proverbio, cuya verdad se hallaba confirmada aquí en caracteres esplendentes, ó más bien en caracteres de un negro perpétuo. En esa negra caverna, sin ventana y sin salida para el humo, habitaba Mefisto con su bruja mujer, su brillante posteridad y una camada de indiscretos pavos. La Sra. Scanderbeg estaba envuelta en una blanca zalea de oveja: un velo vaporoso abrigaba los encantos un poco macilentos de su descarnado rostro; sus ágiles manos se ocupaban, con dignidad antigua, en manejar el cetro de las princesas de Homero, la rueda tradicional. Acomodándose al presupuesto del imperio, que sin duda fué dotado también de una constitución en 1848, el menaje de palacio se compone de un cofre de madera pintado de colores chillones, que encierra probablemente la corona y el cetro Scanderbeg, el velo nupcial de su tierna esposa y la constitución de este feliz imperio. Por lo demás, la tierra desnuda es el único picadero en que puedan ejercitarse los miembros de la familia reinante.

Y sin embargo, este hombre tiene tierras y rebaños; mas los habitantes de Albania no apetezen los refinamientos de la civilización: lo que convino a los antepasados, conviene a los nietos y biznietos. Mas tarde he comprado, por antojo, toda la residencia de príncipe, en el precio fijado por el propietario, que fué la suma de dos *Zwanziger* de buena plata, estando el contrato signado por dos cruces de Miguel, quien en aquel tiempo no sabía escribir todavía. Poseo este documento en mis archivos de familia. Si fuese inglés, este documento que establece mis derechos sobre la provincia, podría dar lugar a un bloqueo ó a una ocupación, y acaso me comprarían este pedazo de papel con oro y distinciones nacionales.

Hé aquí cómo se hizo este contrato. Estando en una excursión, como Miguel es un personaje entendido en negocios, le pregunté, para tener una idea de la estadística del país, en cuánto estimaba sus tierras; entónces fué cuando, entre otros valúos, estimó su palacio en el precio indicado. El negocio me pareció tan ventajoso que concluí la compra. Por una suma doble me dijo que me habría dado además a su mujer y a sus hijos. Muchas ganas tenía de alistar al príncipe heredero a bordo de la corbeta; pero esta proposición no fué aceptada, y entónces pasamos a otro punto: me comunicó el proyecto que tenía de comprar una novia para su hijo que tenía diez y ocho años. Le observé que debía dejarse al jóven en libertad de elegir; pero esta observación no le pareció sería. Por aquí se verá que en esos países la autoridad paterna subsiste todavía en todo su esplendor.

30 de Julio de 1853.

Desde lo alto del promontorio se goza de una perspectiva que aclara la topografía a gran distancia; era como un mapa del país extendido a nuestra vista. Cuando se recorre una comarca desconocida, ó se visita una ciudad extranjera, semejantes puntos de vista ponen órden en las ideas del viajero, hasta entónces confusas por la multitud de imágenes que ha recogido separadamente. Tan luego como semejante cuadro se ha grabado en su espíritu,

tiene como un daguerreotipo del país ó de la ciudad, y comprende sus principales disposiciones.

Aquí el paisaje era grande y hermoso: era la imagen de la abundancia y de la fuerza; pero sin cultura. Teníase a la vista un cuadro antiguo, uno de esos cuadros que tiñe la ardiente luz del Oriente, en los que el mar, semejante a un espejo de plata, forma el fondo: los diversos planos presentan riberas cubiertas de verdes bosques, de abundantes pastos, y de lagunas cubiertas de cañas, promontorios de majestuosas formas y montañas azules. El artista se complacería en pintar en ellos asuntos tales como Teseo persiguiendo un jabalí, ó una ninfa huyendo de una serpiente, ó bien a Abraham recibiendo la visita de un ángel. En una palabra, es uno de esos cuadros amplios, animados, vaporosos, tales como los dibujaban en los últimos tiempos el Poussin y Marco.

Del lado del Sur se percibía el cabo Pali, detrás del cual se oculta Durazzo, tan célebre en la época bizantina. Entre este promontorio y el de Rondoni, la costa, dulcemente contorneada, presenta al observador vastas campiñas, cubiertas de opulentos bosques y fecundos pastos. Encontrábanse allí las selvas misteriosas y la poesía de la naturaleza primitiva. Detrás de nosotros, inclinándose al Sur, se extendía una cadena de pintorescas colinas; del lado del Norte se descubría la bahía muellemente cerrada, y en lontananza la llanura de la Bajana, terminada por la altura de Dulcigno que se precipita bruscamente en la mar. Delante de nosotros, el cabo con sus fértiles campiñas y sus valles que riegan numerosos ríos, presentaba la imagen de los paisajes de Alemania, y sobre la inmensa superficie del mar se veían pasar algunas velas.

No sé qué deseo inexplicable se apodera de nosotros a la vista de las hinchadas velas que aparecen en el horizonte. Quisiera uno, por medio de una operación mágica, trasportarse a ese mundo silencioso y apartado. Por satisfecho y por feliz que se encuentre uno en la orilla, hay una voz interior que nos grita: «Allá, allá, ¡mas allá de los lejanos horizontes del mar! A aquellas riberas doradas que se ocultan del otro lado!» Este llamamiento, esta aspiración jamás satisfecha, nos causan bien y mal; pero en esta mezcla está la felicidad terrestre. El alma no quiere saciarse, por-

que la saciedad es la muerte de la dicha; es el embrutecimiento, ya sea que provenga del hábito ó de la pérdida de las ilusiones. Solo puede haber satisfaccion duradera despues de la muerte. Pero la aspiracion infinita es el encanto del mar, de este espacio sin límites, que ejerce en nosotros la misma seduccion que el cielo azul sin fin, con sus estrellas que nos invitan, ó que las montañas, con sus cumbres que nos detienen, y nos excitan a seguir su- biendo.

31 de Julio de 1853.

Tratábase hoy de emprender una caza de jabalí. Aun no salia el sol: el crepúsculo extendia sobre la naturaleza sus sombras frescas y vivificantes, cuando la alegre tropa de mis compañeros entró en campaña. Soy del sabio principio de los ingleses, que piensan que el comandante ó el primer teniente de un buque, deben permanecer siempre a bordo por mas bonancible que sea el tiempo, y por mas seguro que sea el fondeadero. Como por una parte, cuando se desea una disciplina severa, es necesario que uno mismo dé el buen ejemplo; y como por otra parte, debe tratarse de hacer, en cuanto sea posible, agradable la vida a los subordinados, habia yo renunciado por esa vez al placer de la caza que parecia deber ser muy interesante, y a la cual era una fiesta para jóvenes y viejos, asistir: habia yo, pues, enviado en mi lugar a mi primer teniente, que era un verdadero marino que de ordinario no tenia, como es natural, gran predileccion a la playa, y amaba a su buque sobre todas las cosas. Pero aquella expedicion parecia llenarlo de placer: la alegría radiaba en su cara; su persona y su andar respiraban confianza en la victoria, y la esperanza impaciente de los acontecimientos de la jornada. Y es que las gentes de mar se consagran por entero a lo que hacen, no conocen obstáculos, y de este modo se hallan en cualquiera parte en su lugar. En tierra, desempeñamos bastante bien nuestro papel: a caballo, no nos quedamos muy atrás; y en la mar, tenemos sin disputa la supremacía, ó mejor dicho, el monopolio.

En cuanto a mí, empleé mi dia en pasar revista al buque y hacer ejecutar a mi tripulacion toda clase de ejercicios. Me encon-

tré muy a mi gusto y contento de mí en mis funciones de comandante: es un sentimiento que no debe desdeñarse, y que vale la pena de ganarlo a precio de algunos malos ratos.

Era ya avanzado el medio dia, cuando percibí a la caravana que volvia costeano la ribera. En los momentos en que dirigia el anteojo por aquel lado, nuestro infortunado comisario perdió el equilibrio sobre su cabalgadura árabe, y cayó pesadamente en un charco de agua de mar. Este desagradable accidente, segun supe despues, terminaba la serie de acontecimientos tragicómicos, que habian pasado al pobre hombre en el curso de la jornada.

Era yo el único a bordo que conociese al jabalí, por paseos y cacerías en extensos parques: me habia divertido pintando a nuestros cazadores con terribles colores los peligros que tenian que correrse en esas fiestas. Estas advertencias produjeron extrañísima impresion en los mas pacíficos de nuestros hombres: algunos querian llevar consigo arpones de abordaje y a sus criados para parapetarse: otros se prometian que cuando oyesen el gruñido del monstruo y viesan brillar sus colmillos, subirian a un árbol. Nuestro comisario que estaba muy lejos de ser cazador, no queria acompañar a los otros sino en calidad de espectador, y entretanto se armó de fusil y pistolas.

Como sucede con frecuencia en semejantes casos, hicieron levantar una bandada de jabalíes; pero estos en vez de dirigirse del lado de los cazadores ejercitados y ardientes, para quienes esta visita habria sido el colmo de la dicha, se fueron derecho hácia los breñales, desde donde nuestro comisario seguia, no sin inquietud, el giro de la caza. Oyó a través del follaje el ruido y los gruñidos de los animales, y en el momento se presentaron a su mente todos los fantasmas sangrientos que mi imaginacion habia evocado; un frio glacial recorrió todo su sér: empezaba a faltarle el corazon. En su desesperacion, busca socorro con los ojos, se arma con una pistola cargada con pólvora, hace fuego, y como por encantamiento aleja el peligro de su pacífica persona y del puesto que ocupaba. Los jabalíes se revuelven y forzan, sin recibir un araño, la línea de nuestros hombres. Los viejos cazadores experimentados estaban furiosos: habia fallado la partida; pero el comisario habia salido sano y salvo.

Todo esto lo supe, antes del regreso de la caravana, de boca de uno de esos señores que llegó a bordo para pedirme en nombre de la compañía, permiso para renovar en la tarde la partida. Con gusto concedí el permiso y les envié al mismo tiempo buenas provisiones de boca y vino: conocia a mi gente en este capítulo. En cuanto a mi primer teniente, que por celoso de su deber y por consideracion a mí, queria regresar a bordo, le hice llegar la orden formal de tomar parte en la segunda mitad de la caza. La tarde fué aun mas desgraciada: ni un jabalí se dejó ver. Desde ese dia, el pobre comisario fué el hazmereir de los cazadores: pero satisfecho de haber salvado la vida, soportaba estoicamente las chanzas.

1.º de Agosto de 1853.

Hoy era mi turno de tomar parte en la caza. Llevé conmigo a los oficiales que se quedaron ayer a bordo. Nuestros caballos con sus espantosas sillas nos esperaban en la orilla, cuidados por el infatigable Scanderbeg. Wassili, que ya ayer habia desempeñado las funciones de cocinero, nos descubrió en el bosque un claro de bastante sombra y tan fresco como se podia hallar en aquellos lugares. Este sitio fué elegido por unanimidad para servir de cocina y de comedor. Nuestro piloto entró desde luego en funciones para prepararnos el almuerzo: y dejándolo allí, partimos a galope.

La temperatura era fresca, casi fria para la Albania. Una claridad crepuscular cubria el país como con un velo de plata; las siluetas de los árboles se dibujaban vigorosamente en el horizonte que empezaba a encenderse, y una brisa vivificante nos traía como un saludo matinal. Despues de haber seguido por algun tiempo la rocallosa costa, dimos vuelta para un valle recorrido por un límpido arroyo, y dejando atrás campos y rebaños dispersos sobre pendientes rápidas, subimos al fin una colina que forma un anfiteatro cubierto de mirtos en flor y de infinita variedad de zarzales aromáticos siempre verdes.

Allí nos apeamos y nos escalonamos a lo largo de la pendiente formando entre todos un grande arco. Mi punto estaba en el ala derecha, y podia de lo alto ver a una parte de mis compañeros.

Antes de separarnos, habia prescrito a cada uno, y en especial a nuestros jóvenes oficiales, cuyo humor es un poco petulante, la direccion en que debian tirar.

No soy yo precisamente un Nemrod: si pasa algo por delante de mí, tiro con suerte; pero me falta la paciencia para esperar en una postura inmóvil é incómoda, espiaando el momento favorable. Me instalé, pues, a mis anchas sobre el césped, diciéndome: ¡tanto mejor si la fortuna me favorece! Miraba debajo de mí a nuestros jóvenes, que poseídos de la fiebre de la caza sin tener la calma del cazador, apénas eran dueños de sus movimientos.

Despues de una espera bastante larga, en el momento en que el sol se levantaba con todo su esplendor, oí un fuego de tiradores acompañado de los gritos de los batidores, y el ruido particular que hacen los jabalíes al precipitarse en las malezas. Pero era en el ala opuesta: la espera no podia, pues, ofrecernos mas interes que el de preguntarnos si todo aquel gasto de pólvora no seria perdido.

Los batidores aparecieron, y poco despues de ellos nuestro querido doctor, el verdadero cazador de la reunion. Su semblante respiraba el triunfo; el sudor corria por su frente; tenia la firmeza en el andar que dá la realizacion de una proeza, y subía alegremente la colina, verdadera imágen de un tirador autorizado de los cotos imperiales. Detrás de él, unos albaneses de anchas espaldas pujaban bajo el peso del monstruo que nuestro Hipócrates habia abatido con mano firme y segura. La bestia era una desgraciada madre en la flor de la edad, lo que se llama un *jabato*. Este golpe era, por lo ménos, una especie de reparacion de honor que obteniamos a los ojos de la poblacion albanesa, que sin esto habria pensado mucho tiempo en las proezas del dia precedente. Por otra parte, esta caza motivaba hasta cierto punto nuestras correrías eternas alrededor del promontorio salvaje de Rondoni.

Nos pusimos en marcha por entre las yerbas de mas de dos piés de alto y por breñales espinosos, que terminan en algunos grupos de árboles magníficos, verdaderamente dignos de ser reproducidos por el pincel. Emprendióse una segunda batida en la vertiente meridional del cabo. Yo obtuve un lugar excelente, al fresco, bajo un bosque de hayas, en un lugar visitado con fre-

cuencia por los cazadores. Era una especie de canastillo formado de ramas y raíces entre dos ó tres troncos gemelos, y suspendido en el declive de la colina como un nido de gavilán. La mirada caía a plomo sobre ramas de árboles y plantas enredaderas, entre las que se abría paso un fresco arroyo hasta el mar que no está lejos. Esta agua, medio oculta en el follaje, atrae a los jabalíes, y por lo tanto, era el lugar en que se podía contar con el éxito; por lo ménos Mefisto que estaba acurrucado cerca de mí, me murmuraba palabras de esperanza.

Este bribón, en postura de acechador, tenía una cara singularísima con su absurdo perfil de camello y su aire astuto. Sin duda habría estallado en risa hasta hacer retumbar el bosque, si no hubiésemos estado de caza. Encuéntranse en la vida personajes, que desearia uno, sin mas razon, ver abofetear con mano vigorosa, ó que de buena gana llenaria uno de recompensas, como a niños malcriados a quienes se anima en sus impertinencias. He visto de estos hombres en las cortes, entre sabios eminentes; pero especialmente los he visto en la clase de los *ciceroni*, de los criados de las posadas y de los dependientes ambulantes. Tal debía ser la cara del mono de Ferneý, y tal era la de Miguel de Nicolo. Por demás es decir que en materia de correccion, me limité siempre con él a la risa homérica, sin ceder nunca a la tentacion de llegar a las vías de hecho.

El cielo me castigó por mis veleidades poco cristianas: me habia dejado arrullar por el canto de las cigarras, y de repente me despertó el ruido que hacia la bestia en el follaje; pero no pude descubrir nada. Se frustró la partida; nadie habia tirado, y comprendí que las cacerías de Albania no estaban tan bien arregladas como las de nuestros parques en donde todo pasa tan cómodamente.

Regresamos a nuestro punto de reunion, no sin sentirnos muy mal por las barras de madera de nuestras pretendidas sillas. Los marineros tienen cierto gusto de orden. Nuestros hombres habian levantado un bonito baldaquino con pabellones de buques y habian tendido en tierra alfombras y cojines, lo que formaba un campamento oriental y regio que habria convenido perfectamente a un gefe de nómades.

Apénas nos habiamos desembarazado de nuestro arreo de caza, cuando nuestras gentes vinieron a anunciarme con cierta turbacion, que se percibia una nube de polvo que bajaba siguiendo la costa a la llanura de la Bojana y que se dirigia adonde estábamos. A poco se vieron brillar las armas y se distinguieron los caballos en la nube. El incidente tomaba un carácter sospechoso y romántico. Desde nuestra elevada posicion dirigiamos nuestras miradas a aquella aparicion misteriosa sin perder nada de nuestra dignidad, sostenidos por la confianza que nos inspiraban las fuerzas de combate colocadas bajo nuestras órdenes. La nube de polvo se disipó y pudimos distinguir un grupo de hombres a caballo, que al acercarse reconocimos eran enviados del agá de Ischmi. Era, sin duda, un reconocimiento de policia inspirado por nuestro porte independiente en los libres bosques de Rondoni.

Los ginetes, que parecian pertenecer a la aristocracia otomana, se apearon en la playa cerca de nuestros bagajes. Entretanto me apresuré, entre las risas de nuestros jóvenes, en tomar mis disposiciones para recibir a aquellos musulmanes con una dignidad oriental y graciosa condescendencia. Me eché a los hombros mi albornoz, me ceñí el sable y tomé en la mano derecha la pipa de la paz, sentándome en el lugar mas elevado, y haciendo que todos los demás se colocasen en círculo a mi alrededor. Wassili fué enviado en calidad de dragoman al encuentro de las gentes del bajá y las condujo a mi presencia. Eran unos *chibouktchis* y seides de policia, vestidos unos con el traje albanés y los otros con el antiguo de los turcos, con el turbante y el caftan bordado de pieles. Habian oído hablar de la llegada de un gran navío con una numerosa tripulacion, y venian a informarse de las intenciones de este buque y de lo que queria tanta gente en una costa inhabitada.

Semejante desconfianza es desusada en Turquía, y solo podria provocarla la situacion nueva del Oriente. A lo que parece, en el fondo de su corazon nos tenian por filibusteros, ó cuando ménos por enemigos. Los hice sentar en nuestro círculo, y aunque al principio se manifestaron temerosos, pronto recobraron la calma oriental, dejándose modestamente ofrecer pipas por nuestros jóvenes. Declaréles entónces a qué nacion perteneciamos y les mos-